

LA CLASE MÁGICA

de la Señorita Luna



Episodio 4

LA CLASE MÁGICA

de la Señorita Luna

— Episodio 4 —



Cada Estrella Brilla Diferente

Una historia sobre no compararse con los demás

@JavierTamaritWeb para Sofía Tamarit Ramos



Capítulo 1: Las pegatinas.

En el colegio Los Almendros todo marchaba de maravilla. La Señorita Luna seguía llenando el aula de historias y risas, Tomás levantaba la mano con paciencia, Clara ayudaba a todos, Martina compartía sus rotuladores con una sonrisa y Pablo había aprendido a esperar su turno.

Pero un martes de enero pasó algo que lo cambió todo.

La Señorita Luna repartió los trabajos de plástica que habían hecho la semana anterior. Cada trabajo tenía una pegatina de color: dorada, plateada o azul.

Hugo recibió una pegatina dorada. Sonrió orgulloso.

Leo, un niño tranquilo de ojos grandes que se sentaba cerca de la ventana, recibió una pegatina azul. No dijo nada, pero bajó la cabeza y guardó su trabajo en la mochila muy rápido, para que nadie lo viera.

En el recreo, algunos niños empezaron a compararse.

Hugo:

“¡Yo tengo dorada! ¿Tú qué tienes?”



Clara:

“Hugo, no hace falta decirlo en voz alta...”

Pero ya era tarde. Varios niños empezaron a enseñar sus pegatinas. Los que tenían dorada estaban contentos. Los que tenían azul se sentían pequeños. Y Leo, desde su banco, miraba todo sin decir nada.



Capítulo 2: El silencio de Leo.

Leo no era un niño que hablara mucho. Le costaba leer en voz alta, se ponía nervioso en los ejercicios y tardaba más que los demás en terminar las fichas.



Pero Leo tenía algo especial: dibujaba como nadie. Sus cuadernos estaban llenos de dibujos increíbles. Dragones con escamas brillantes, bosques con

árboles que parecían de verdad, ciudades imaginarias llenas de puentes y torres.

Sin embargo, nadie se fijaba en eso. Solo se fijaban en las pegatinas.

Un día, en clase de matemáticas, la Señorita Luna pidió a cada uno que dijera su resultado en voz alta. Cuando le tocó a Leo, se quedó en silencio. No sabía la respuesta.

Algunos niños se miraron. Alguien susurró bajito:

“Siempre le pasa lo mismo...”

Leo apretó los labios. No lloró. Pero cuando sonó el timbre, salió el primero y se sentó solo en el banco más alejado del patio.

Mei, que estaba sentada cerca, lo observó con sus ojos atentos. No dijo nada, pero se quedó mirando hacia el patio con preocupación.



La Señorita Luna también lo vio desde la ventana. Y supo que tenía que hacer algo.





Capítulo 3: El jardín de la Señorita Luna.

Al día siguiente, la Señorita Luna llegó con una caja grande. Dentro había macetas con plantas diferentes: un cactus pequeñito, un girasol que ya asomaba, una planta de albahaca y una enredadera con hojas en forma de corazón.

Las puso todas sobre su mesa y dijo:

Señorita Luna:

“Hoy no vamos a abrir los libros. Hoy vamos a aprender algo que no viene en ningún libro.”



Los niños se miraron sorprendidos.

Señorita Luna:

“Mirad estas plantas. ¿Son iguales?”

Todos:

“¡No!”

Señorita Luna:

“¿Y cuál es la mejor?”

Los niños se quedaron pensando. Tomás levantó la mano.

Tomás:

“El girasol, porque es el más grande.”

Señorita Luna:

*“¿Y si necesitas dar sabor a una pizza?
¿Te sirve el girasol?”*

Tomás:

“No... para eso necesitas la albahaca.”

Señorita Luna:

*“¿Y si quieres una planta que sobreviva
sin agua muchos días?”*

Clara:

“El cactus.”

Señorita Luna:

“¿Y si quieres que una pared fea se llene de verde y de vida?”

Martina:

“La enredadera.”

La Señorita Luna sonrió.

Señorita Luna:

“Ninguna planta es mejor que otra. Cada una hace algo diferente. Cada una brilla a su manera. Y si las comparamos, solo conseguimos que alguna se sienta menos. ¿Y sabéis qué? Con las personas pasa exactamente lo mismo.”

Leo, desde su sitio, escuchaba con los ojos muy abiertos. Y Mei, a su lado, asintió despacio con la cabeza, como si entendiera algo importante.





Capítulo 4: El mural de los talentos.

Esa misma mañana, la Señorita Luna propuso una actividad. Cada niño tenía que dibujar o escribir en un papel algo que se le diera bien. No lo mejor del mundo. Solo algo que disfrutara hacer.

Hugo escribió: *«Se me da bien contar chistes.»*

Clara escribió: *«Me gusta cuidar a los demás.»*

Tomás escribió: *«Soy bueno inventando historias.»*

Martina escribió: *«Hago galletas riquísimas.»*

Pablo escribió: *«Tengo mucha energía y sé esperar mi turno.»*

Wei dibujó una cometa volando muy alto y escribió debajo, con letras torcidas: *«Yo hago cometas.»*

Cuando le tocó a Leo, se quedó mirando su papel vacío. Clara se acercó.

Clara:

“Leo, tus dibujos son los más bonitos que he visto en mi vida.”



Leo:

“Pero no saco buenas notas...”

Clara:

“¿Y eso qué tiene que ver? Yo no sé dibujar ni una casa que no parezca una caja.”

Leo sonrió por primera vez en días. Cogió su lápiz y dibujó algo: un cielo lleno de estrellas, todas diferentes. Unas grandes, otras pequeñas, unas con muchas puntas, otras redondas. Pero todas brillaban.

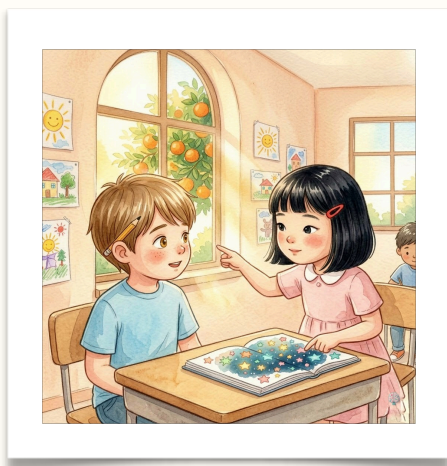
Debajo escribió: *«Se me da bien dibujar estrellas.»*

Entonces Mei se acercó a Leo. Le señaló el dibujo, luego señaló la ventana, donde entraba la luz del sol, y dijo bajito:

Mei:

“Tus estrellas tienen luz de verdad.”

Leo la miró sorprendido. Nadie le había dicho algo así.



Cuando la Señorita Luna vio el dibujo de Leo, lo levantó para que todos lo vieran.

Señorita Luna:

“¿Veis estas estrellas? Cada una es diferente. Y juntas hacen el cielo más bonito del mundo. Eso sois vosotros.”



Los niños pegaron todos los papeles en la pared del aula. Era el mural más bonito que habían hecho nunca. No por ser perfecto, sino porque cada papel era único.





Capítulo 5: La carrera que nadie ganó.

Una semana después, en clase de gimnasia, el profesor organizó una carrera. Hugo llegó primero. Pablo, segundo. Leo llegó el último.

Algunos niños se miraron. Pero entonces Hugo hizo algo que nadie esperaba. Se acercó a Leo y le dijo:

Hugo:

“Oye, Leo. Yo he ganado la carrera, pero seguro que tú me ganas dibujando un dinosaurio con los ojos cerrados.”

Leo se rio.

Leo:

“Seguramente sí.”

Hugo:

“Pues ya está. Tú tienes tus cosas y yo tengo las mías. Y las dos valen.”

Esa tarde, la Señorita Luna les pidió que hicieran un ejercicio especial. Cada uno tenía que escribir algo bonito sobre un compañero. Algo que admirara de él o de ella.



Cuando terminaron, la Señorita Luna leyó algunos en voz alta, sin decir quién los había escrito:

“Leo dibuja como si las cosas cobraran vida.”

“Hugo hace que todos nos riemos cuando estamos tristes.”

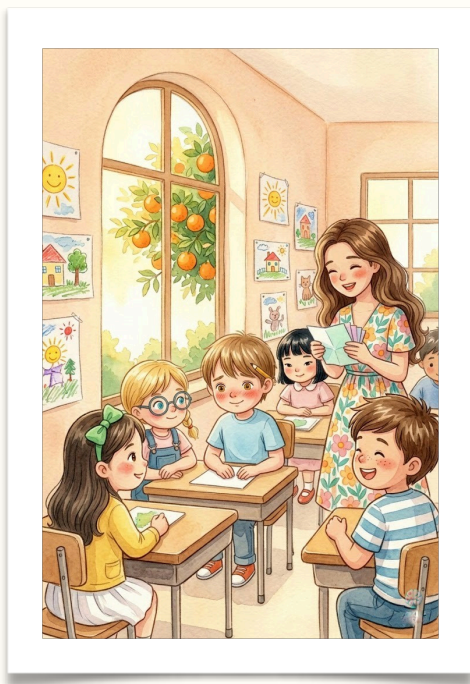
“Clara siempre sabe qué decir cuando alguien está mal.”

“Tomás inventa historias que te hacen soñar.”

“Martina comparte todo lo que tiene con una sonrisa.”

“Pablo tiene tanta energía que nos contagia a todos.”

“Mei ve cosas que los demás no ven.”



“Wei hace las cometas más bonitas del mundo.”

Leo escuchó su nombre y se puso rojo. Pero era un rojo bueno. Un rojo de sentirse visto. De sentirse importante. De saber que alguien se había fijado en lo que él hacía bien, y no solo en lo que le costaba.





Capítulo 6: Cada estrella brilla diferente.

Al final del día, la Señorita Luna les pidió que se sentaran en círculo. Tenía el dibujo de Leo en las manos: aquel cielo lleno de estrellas diferentes.

Señorita Luna:

“Quiero que miréis este dibujo. Leo lo hizo esta mañana. ¿Sabéis por qué me gusta tanto?”

Los niños negaron con la cabeza.

Señorita Luna:

“Porque dice una verdad muy grande con un dibujo muy sencillo. Cada estrella es diferente. Ninguna intenta brillar como la de al lado. Y juntas hacen algo que una sola estrella nunca podría hacer: iluminar todo el cielo.”

Hizo una pausa y los miró uno por uno.

Señorita Luna:

“En esta clase hay quien corre muy rápido y quien dibuja muy bien. Hay quien lee mucho y quien hace reír a todos. Hay quien comparte con generosidad y quien escucha con el corazón. Nadie es mejor que nadie. Porque no estamos aquí para competir. Estamos aquí para brillar juntos.”

Leo levantó la mano. Era la primera vez que lo hacía delante de toda la clase.

Leo:

“Señorita Luna... ¿puedo dibujar un cielo de estrellas grande para ponerlo en la pared de la clase? Así nos acordamos todos los días.”

La Señorita Luna sonrió con los ojos brillantes.

Señorita Luna:

“Me parece la mejor idea del mundo, Leo.”

Y eso hizo. Leo dibujó un cielo enorme lleno de estrellas. Y dentro de cada estrella, escribió el nombre de un compañero. Veinte estrellas. Todas diferentes. Todas brillantes. Todas necesarias.

Mei se acercó al mural cuando estaba terminado.

Buscó su estrella, la tocó con el dedo y sonrió.

Luego miró a Leo y le dijo:

Mei:

“Mi estrella es pequeña. Pero brilla.”

Leo:

“Todas brillan, Mei. Esa es la gracia.”



Desde aquel día, cuando alguien empezaba a compararse, bastaba con mirar el mural y recordar:

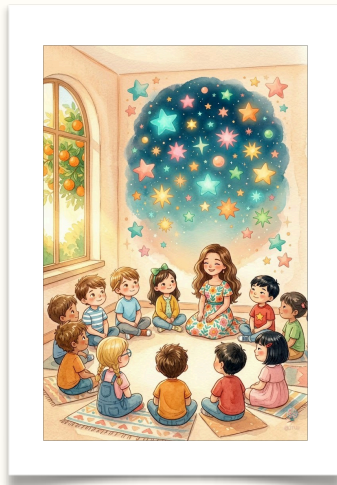
No hace falta brillar como otro. Basta con brillar como tú.



💖 *FIN* 💖
◆ ◆ ◆

🌟 *Lo que este cuento nos enseña* 🌟

*Compararse con los demás es como pedirle a un pez
que trepe a un árbol.*



Cada persona tiene algo único y valioso.

*No estamos aquí para ser iguales.
Estamos aquí para brillar juntos,
cada uno con su propia luz.*

*«Cada estrella brilla diferente. Y todas
hacen falta en el cielo.»*

Vocabulario — Episodio 4

admirar

Sentir cariño y respeto por alguien o algo porque te parece muy especial o bonito.

albahaca

Una planta verde de hojas pequeñas que se usa en la cocina para dar sabor a la comida, como a la pasta o a la pizza.

asentir

Mover la cabeza de arriba abajo para decir que sí, sin necesidad de hablar.

compararse

Mirar cómo eres tú y cómo es otra persona para ver quién es mejor o peor en algo. A veces hace daño.

enredadera

Una planta que crece subiendo por las paredes o las rejas, agarrándose con sus hojas y sus tallos.

girasol

Una flor amarilla muy grande que mira siempre hacia el sol.

iluminar

Llenar de luz un sitio que estaba oscuro.

maceta

Una vasija, normalmente de barro, donde se ponen las plantas con tierra para que crezcan.

talento

Algo especial que se te da bien hacer sin que nadie te lo enseñe del todo. Cada persona tiene los suyos.

único

Que es especial porque no hay otro igual en todo el mundo.